

EL DEPORTE DE ÉLITE NO ES BUENO PARA LA SALUD

La batalla contra el dopaje va más allá de sus límites. Médicos y deportistas admiten lo insano de la alta competición.

EL PAÍS

Juan-José Fernández

El gran escándalo del Tour ha abierto nuevamente el debate que cíclicamente sacude al deporte a la sociedad. El dopaje, tan viejo como el hombre, es una camino complejo, con una carga tan grande de hipocresía e interés, cuya solución es difícil que se produzca jamás. Resulta casi una utopía pensar que en un mundo cada vez más competitivo, pendiente de las hazañas y el asombro como puntos de venta fundamentales, se pida el más difícil todavía sin tener que pagar peajes. Y es muy hipócrita una sociedad que en el gran circo montado echa la culpa sólo a los artistas o a sus mentores. El deporte de élite es un negocio inmenso, teóricamente puro en su origen, pero insano, como reconocen médicos y deportistas, al llegar a los límites del citius, altius, fortius, más lejos, más alto, más fuerte. Un gran tinglado en el que no sólo están implicados los propios practicantes, sino también los directivos, las marcas comerciales y el público que demanda el espectáculo. Todos son culpable sen una historia interminable. Los ciclista ya han reconocido que se dopan, lo que era un secreto a voces y raramente dicho. Sólo el ya fallecido José Manuel Fuente, el Tarangu, tuvo la valentía de comentarlo abiertamente en 1.993: "Nos pinchábamos nosotros mismos", llegó a decir. El propio Alexandre de Merode, presidente de la Comisión Médica del Comité Olímpico internacional, acaba de reconocer lo que ya se ha dicho tantas veces: "el dopaje nunca se suprimirá del todo, porque hacer tramas es consustancial con el hombre, pero la misión de los organismos directivos del deporte es tratar de disminuirlo al máximo".

El debate, entonces, parece obligado ampliarlo por encima de unos límites de dopaje que siempre acabarán siendo difusos. Aunque se consiga una unificación de criterios que ha sido imposible durante años en los distintos deportes, el problema irá siempre más allá. No será sólo qué lista de productos o cantidades deben prohibirse. Difícilmente se podrán definir, incluso, cuáles son nocivos para la salud. Es posible que a largo plazo nadie lo puede garantizar. Si el aceite de oliva era malo antes y ahora es bueno para el colesterol, o el vino con moderación ha pasado a ser recomendable para el corazón, y el azúcar vuelve a ser mejor que una sacarina panacea antes y quizás cancerígena ahora, la multitud e ayudas permitidas actualmente para recuperar los enormes en la élite, podrían tener efectos secundarios indeseados en el futuro. Es larga ya la lista de afectados con cánceres o infertilidad por el abuso de anabolizantes, o de muertos por el exceso de EPO. Sólo el control en la dosis ha frenado lo que antes casi era causa efecto. Pero

a largo plazo es una incógnita. Los propios deportistas admiten que les pasará factura. Incluso en un artículo publicado el pasado miércoles en el periódico Liberation, se daba el dato de que el 20% de los pacientes del centro francés Monte Cristo, heroinómanos tratados con metadona, son antiguos grandes deportistas. Se puede recordar el caso del ciclista Roger Rivière, ex plusmarquista mundial de la hora, que tras una caída que frustró su carrera acabó dependiendo de las drogas completamente. Otro juguete roto fue el ex campeón mundial español de esquí náutico, y también motociclista, Víctor Palomo.

El presidente de la Federación Española de Medicina Deportiva, doctor Juan José González Iturri, ha declarado: “El deporte de alto rendimiento no está a favor de la salud, ni mucho menos. Tenemos que hacer un examen de conciencia general de qué es lo que queremos del deporte porque a lo mejor lo que queremos es que se convierta en un circo romano. Si no se reduce el nivel de exigencia y la dureza de algunas disciplinas, como el ciclismo y el atletismo, van a destruir el deporte. No podemos rasgarnos las vestiduras, como ha pasado en el Tour, sin darse cuenta que a veces el dopaje es la única forma de aguantar. Antes, lo importante era participar y ahora sólo vale ganar. Todos somos culpables de esta situación, pues tanto él público como los políticos y los propios deportistas exigen grandes resultados”

La clave, pues, está en las exigencias del deporte de élite. Por eso han quedado imágenes para la historia como las de la atleta suiza Gabriele Andersen, deshidratada, haciendo una última vuelta dramática al estadio olímpico de Los Ángeles, en 1.984. Tardó, dando tumbos, 5.44 minutos en 400 metros. O como las de los ciclistas tras una etapa de montaña. Un análisis en la misma meta les llevaría inmediatamente a ser ingresados en una Unidad de Cuidados Intensivos. A Tom Simpson, el primer fallecido famoso del ciclismo y del deporte, no le dio tiempo. Murió en medio del Tour, de anfetaminas, esfuerzo y sol, en las laderas del Mont Ventoux el 14 de julio de 1.967.

Mientras haya Tours Con la dureza actual, etapas de 200 kilómetros y varias de ellas con montañas brutales en apenas una veintena de días; mientras haya premios y gloria para batir récords en atletismo con explosiones de músculos y ritmos de locura; o se pidan flexibilidades y piruetas asombrosas a las gimnastas, por poner tres ejemplos de los deportes más emblemáticos, el dopaje farmacológico o esclavista, existirá.

Para el próximo mes de enero está convocada por el COI una conferencia internacional sobre el dopaje. A Juan Antonio Samaranch, el gran jefe del circo, se le critica cuando toma posturas, pero que es el único que lleva años tratando de clarificar uno de los asuntos más complicados que ha acompañado al deporte en toda su historia. Soluciono el del amateurismo, pero ue hasta calumniado. Y lo único que hizo en su momento fue adaptar el deporte a los tiempos profesionales que corren. Los que le critican no pueden dar otra alternativa que la muerte del deporte espectáculo. Es una opción, pero sin salida, como ocurre en tantas parcelas de la sociedad de consumo. La Unión Ciclista Internacional, empujaba por las circunstancias y por el propio Tour, empieza ahora a tratar de unificar una casa en ruinas cuando su teórico

líder, el belga Heinz Verbruggen, estuvo asombrosamente desaparecido en todo el escándalo. Pero los corredores, escaldados, no van a hacer todo el caso que quisiera una patronal que los utiliza a cualquier precio para salvar el negocio.

“Yo confío en mi médico”

Samaranch ya dijo hace 10 años cuando se produjo el gran escándalo del positivo del velocista canadiense Ben Jonson, y ha insistido continuamente en ello, que debería definirse como dopaje todo lo que daña a la salud. Ahora, sólo lo ha repetido una vez más oportunamente. Y también que la lista de prohibiciones es enorme y que lo que falta es definir lo que es dopaje y unificar criterios. Ocurre, sin embargo, que en el propio mundo del deporte la mano derecha no suele (o no quiere) saber lo que hace la izquierda. El ciclismo es un extraño para el fútbol o el fútbol para el atletismo, o al revés. Los deportes, grandes o pequeños, se suelen encastillar en sus poderes (especialmente si son los más fuertes y pueden vivir sin dependencias) y los propios deportistas no conocen lo que les pasa a sus colegas. Ello se podría extrapolar a los medios de comunicación. Y no es sólo un problema de olvido o ignorancia. Es de intereses e hipocresía. Cada uno opta por tomar los atajos que más le convienen para mantener en candelero su reino particular. Mientras haya dinero, vanidad y gloria por el medio, siempre habrá alguien que rompa todas las barajas. El deportista de élite, aunque nos e dope, siempre dice lo mismo sobre lo que toma: “Yo confío en mi médico”. Porque le interesa.

**Artículo transcrito por Lourdes Gómez Páez de 1º Bachillerato
I. E. S. Chiva (curso OO–01)**